



a desaparición del sistema internacional bipolar entre 1985 y 1989, y su reemplazo por el proyecto esbozado en el Consenso de Washington de 1990-91, indujeron a las élites políticas y económicas latinoamericanas a adoptar líneas de acción acordes con el nuevo paradigma de la globalización liberal. En el terreno económico, los programas de apertura, de privatización y de reducción del gasto público se generalizaron a lo largo y ancho del subcontinente. En el plano de la política interna, se adoptó el principio de la obligatoriedad del ejercicio de la democracia representativa y de la subordinación del poder militar al poder civil.

Junto con esas reformas acordes con el nuevo paradigma, se llevó a cabo un proceso de re-ideologización de la intelectualidad y la opinión pública latinoamericanas en el sentido del rechazo despreciativo, no sólo a toda forma de socialismo y de populismo, sino también a las corrientes de pensamiento liberal matizado de preocupación social y propenso al mantenimiento de mecanismos reguladores de corte keynesiano.

Dentro de ese orden de ideas, el modelo norteamericano de economía de mercado relativamente desregulada, carente de planificación y coordinación de conjunto, con mercado laboral flexible, fue acogido como el más conveniente por la mayoría de los decisores latinoamericanos. En cambio, el modelo del "capitalismo renano" (tradicionalmente denominado "economía social de mercado") era considerado por los neoliberales latinoamericanos más entusiastas como modelo anticuado e ineficiente.

Sin embargo, la admiración oficial latinoamericana por los métodos del "laissez-faire" estadounidense no significó que durante la década de los noventa disminuyera el intercambio y la cooperación entre Europa y los países de nuestra región. Por el contrario, dicho intercambio creció en términos tanto absolutos como relativos. Es cierto, para el conjunto de América Latina, el volumen de intercambio con EE.UU. excede el realizado con Europa y con países de la región misma. En 1998, el valor del comercio latinoamericano con Estados Unidos era de USD 243,8 millar-

dos; el del comercio intra-regional, de USD 102,6 millardos, y el del intercambio comercial con la Unión Europea, de sólo 70,0 millardos de dólares. Pero el valor del comercio europeo occidental con América Latina había aumentado grandemente en comparación con el del año 1990, cuando sólo sumaba 41,8 millardos. Brasil y el Cono Sur son los grandes socios de Europa en materia de intercambio económico, mientras de allí hacia el norte se comercia más con Estados Unidos. Los cuatro países de Mercosur, en 1998, importaban una mayor cuantía de bienes y servicios de Europa que de Norteamérica: por 25 millardos y por 18,7 millardos de dólares respectivamente, y esta relación de predominio europeo se ha mantenido desde entonces.

Esta inclinación comercial de Mercosur hacia Europa no hizo, empero, que al mismo tiempo se diera preferencia formal al modelo estructural del capitalismo "renano". Bien al contrario, Argentina durante los años noventa era en principio la más apasionada defensora de los cánones yanquis en materia de doctrina económica. Es cierto que Brasil no actuó del

Europa, Norteamérica y América Latina

Intercambios y modelos

Demetrio Boersner

mismo modo: calladamente, el gobierno de Fernando Henrique Cardoso mantuvo la tradición, establecida hace largo tiempo por Vargas y por Kubitschek, y respetada igualmente por los gobiernos militares no obstante su pro-yanquismo político, de un sistema de desarrollismo industrial nacional, que conlleva la aplicación de controles y regulaciones estatales algo análogas a las del modelo europeo.

Por otra parte, tampoco los países de la mitad septentrional de Latinoamérica, cuyo intercambio exterior se realiza primordialmente con Estados Unidos han llegado a ajustar en la práctica al modelo económico norteamericano. La larga herencia histórica iberoamericana, de intervenciones paternalistas del poder público en el proceso de producción y distribución de la riqueza, no ha podido ser anulada decisivamente por ningún programa de "viraje" fondomonetarista hacia el liberalismo económico y el recorte de las ayudas sociales.

Desde 1996 hasta el momento actual, la situación económica, política e ideológica del mundo y de América Latina ha sufrido importantes cam-

bios. La larga y profunda crisis financiera del Japón afectó al resto de Asia y, paulatinamente, al mundo entero. En Estados Unidos llegó a su final el largo período de prosperidad coincidente con las presidencias de Bill Clinton, y decayó tanto el consumo como la inversión. Quedó afectada la confianza del público norteamericano (tradicionalmente tan ilusionado con las maravillas del capitalismo) en sus banqueros y sus capitanes de industria, a causa de la revelación de casos repugnantes de corrupción y de inepticia corporativas. No sólo la nueva izquierda que critica a fondo el modelo actual de globalización, sino también los miembros lúcidos de la propia élite liberal-conservadora han comenzado a cuestionar el paradigma del Consenso de Washington y a reconocer que en definitiva sí son necesarias ciertas regulaciones públicas de la economía de mercado a nivel mundial, regional y nacional. Los nuevos controles deberán aplicarse sobre todo en el área de las transacciones financieras transnacionales, a fin de contrarrestar los desbordamientos de la especulación.

Estas nuevas perspectivas podrían traducirse en el creciente ascenso, en América Latina, de movimientos y gobiernos que ya no se sientan fascinados por las teorías neoliberales y globalizadoras, y tengan el coraje de diseñar nuevos tipos de relación entre el Estado, la sociedad y la economía, alejándose un tanto del "recio individualismo" yanqui y aproximándose en cierto sentido al concepto europeo de una economía de mercado social más que liberal. Lula y el Partido de Trabajadores brasileño podrían empujar las cosas en ese sentido, si actúan con la prudencia y el sentido negociador que parecen haber adquirido.

En cuanto al actual gobernante venezolano, sólo perturbaría tal proceso. Su vocinglería provocadora daría armas a los enemigos de un auténtico resurgimiento popular latinoamericano, alejado de los errores de la izquierda vieja y capaz de combinar la búsqueda de la justicia con el respeto por la libertad.

Demetrio Boersner

Dr. En Ciencias Políticas. Exembajador de Venezuela